

R. 72183

Ac Esp I-102
D

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

SUS MAJESTADES Y ALTEZAS REALES

EL DÍA 1.º DE ABRIL DE 1894

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

por los Excmos. Señores

CONDE DE CHESTE

y

D. ALEJANDRO PIDAL Y MON



MADRID

Imprenta, Fundición y Fabrica de tintas de los Hijos de J. A. Garcia,
CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 6.

1894

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

SEÑORA:

La Real Academia Española, ufana por la asistencia de sus Reyes á la solemne inauguración de su nuevo edificio, da por mi humilde voz á V. M. las gracias, por el Sello Real que con tan augusta presencia imprime á este acto de una Corporación, felizmente nacida y desarrollada bajo los auspicios del Trono.

Porque ella dice con la voz tangible de los hechos que V. M. reconoce y estima el alto sentido que se encierra en esta sencilla y al parecer como casera ceremonia, que no merecería seguramente este honor, ni aun la pompa con que se celebra, si confundiéndose con la modestia de sus individuos la importancia de la Institución, nos olvidáramos un instante de que no se trata aquí de otra cosa hoy, que de inaugurar dignamente el monumento elevado por la Nación y por la Academia á la lengua misma de la Patria.

Que no fué otro el designio de nuestro glorioso fundador, ni dejó de ser un momento el propósito que animó en sus vigiliass á nuestros ilustres antepasados, ni reconocieron otro motivo los formidables trabajos llevados á cabo por esta Corporación durante el fecundo curso de su historia, ni fué otra la razón por que la ensalzaron con sus elogios y sus aplausos los críticos más eminentes de ambos mundos, que el intento realizado hasta los límites, siempre estrechos, de lo posible, es verdad, de hacer de la Real Academia Española, como la urna santa y como el relicario precioso en que se custodiase, con tanto esmero como amor, como joya de inestimable valía, el tesoro del habla castellana.

Por eso el último Gobierno del nunca bastante llorado Rey Don Alfonso XII y todos los que se han sucedido después bajo la Regencia de V. M. en el reinado de su Hijo, han considerado como uno de sus más sagrados deberes cooperar, en la medida de lo que permitían los tiempos, á la erección de este edificio, verdadero alcázar de las letras, cuya primera piedra guarda como presagio feliz el nombre augusto de V. M., y á cuya primera sesión solemne asiste toda la Real Familia y el Gobierno, como á cosa que toca tan de cerca á la vida de la Nación española (1).

Y por eso también la Academia entregó generosamente, no sólo su antigua y venerable morada, propiedad exclusivamente suya, como debida á la munificencia de sus Reyes, amparadores de las letras, sino casi todos sus fondos, adquiridos con el fruto de su cotidiana labor, por la creciente aceptación de sus diccionarios y gramáticas, no para labrar ni siquiera desahogada mansión á sus funcionarios más ilustres, gloria de la Patria casi todos, ni para proporcionar más cómoda instalación á sus más venerables miembros, llenos de canas y de achaques, sino para dar el debido decoro á su alta representación, para ofrecer honrosa hospitalidad á sus eminentes, célebres, y hasta Soberanos correspondientes extranjeros, que con tanta frecuencia asisten á sus juntas; para dar digna colocación en su Biblioteca á las obras maestras del ingenio patrio, y, en una palabra, como lo acabo de decir, para levantar dignamente en los últimos términos de este siglo de liquidaciones históricas, de transiciones violentas y de horizontes desconocidos, un monumento adecuado al vínculo indisoluble de las inteligencias y de los corazones de todos los que comulgan en la santa iglesia de la Patria, al inquebrantable lazo que une nuestras más veneradas glorias con nuestras esperanzas más queridas, al apretado nudo que ata y que liga las múltiples y diversas partes de esta Nación, sólo una por su Religión, por su

(1) Los planos y la dirección facultativa de las obras son debidos al ilustrado Arquitecto D. Miguel Aguado.

Monarquía y por su Lengua, y lo que casi vale más para las entrañas maternas de esta Nación generosa, al hilo de oro que salvando como invisible puente los más dilatados espacios, enlaza los corazones hermanos de uno y otro hemisferio, separados, es cierto, por los insondables abismos y por las vastas llanuras del mar, pero unidos por el estrecho abrazo del luminoso verbo de su mente, forjado en el mismo troquel que labró Dios para uso de la gran familia, que piensa y habla y escribe y canta y reza en el idioma de Cervantes.

No es por ventura, Señora, la época presente aquella en que pudiera parecer necesario esforzarse para demostrar la vital importancia y trascendencia del lenguaje, no sólo como don y reflejo de la divinidad creadora, no sólo como revelación del espíritu interior, como predicado de la inteligencia y como título de la soberanía hominal, no sólo como cemento social indispensable, sino como inagotable minero de verdades ocultas prehistóricas, históricas, etnológicas y geográficas, como elemento estético principalísimo y como fruto característico, tradicional y espontáneo de Nación y Raza. A los eruditos é ingeniosos trabajos de gramáticos y retóricos sobre el lenguaje natural ó articulado, emocional ó significativo; á las importantísimas investigaciones lingüísticas y filológicas sobre las raíces de las lenguas, sus flexiones, su aglutinación y sus varias transformaciones á través de climas y edades; á los prodigiosos descubrimientos en el arte de leer todo género de caracteres y de suplir todo género de deficiencias vocales y auditivas; á las impotentes tentativas de establecer un idioma universal que reduzca á unidad la diversidad de lenguas y de dialectos, hay que añadir toda esa serie de manifestaciones contemporáneas que ponen por su importancia social en pavorosa evidencia las hondas y trascendentales cuestiones que entraña en su seno el estudio científico del lenguaje desde la formidable batalla que riñen en la arena misma c'e la ciencia positiva y experimental los partidarios de la razón y de la libertad como fundamentos antropológicos del lenguaje con los partidarios del hombre *alalus*, enemigos de las causas finales

y sostenedores del desarrollo de los órganos vocales y cerebrales, como consecuencia de sus funciones transformadas, hasta la empeñada contienda que en el seno de la metafísica teológica se trabó entre los secuaces del tradicionalismo filosófico y los defensores de los fueros divinos de la razón, forzando á intervenir en la batalla, para dirimirla finalmente, al propio Concilio vaticano, sostenedor del orden real en la razón y en el lenguaje; sin olvidar que hasta los más sangrientos cataclismos que han trastornado el mundo en nuestros días no se han atrevido á ostentar otro propósito que el de fundar el principio y trazar los límites naturales de la *Nacionalidad* sobre los aledaños de la lengua.

Y es que la lengua, como signo providencial y libre, espontáneo y reflejo, genial y tradicional á la vez, de los caracteres esenciales de un pueblo, es propiamente el *Verbo de la Nación*, es la palabra exterior que revela la palabra interior de su mente, es la exteriorización de su creencia religiosa, de su conocimiento científico, de su afecto pasional, de todas las intimidades de su conciencia, de todos los latidos de su corazón, de todos los impulsos de su temperamento. En ella toma carne y sangre su alma, vida su naturaleza, posesión del tiempo y del espacio su sér, que al actuarse en la existencia y al realizarse en la historia, imprime el sello de su individualización personal hasta en el timbre, tono, ritmo é intensidad de la voz, en el sonido elemental de la sílaba, en el acento del vocablo, en la unidad de la frase, en el número del período, en la variedad y la unidad de todo el discurso, dándonos como la reproducción integral del pueblo que la construye, no *à priori* y por aplicación de reglas preestablecidas, sino sobre el yunque eterno de la realidad con la maza de su propia naturaleza.

Y no pára aquí todavía la grandeza y la importancia de la lengua de una Nación, pues á la vez que es como monumento glorioso de su tradición pasada y como espejo clarísimo de su personalidad actual, es tanto como todo eso, si no más, instrumento de su pensamiento mismo, despertador de su dormida potencialidad, martillo y cincel, en suma, que labra la estatua

inmortal del alma en las interiores moradas del espíritu. Y sin caer en aquel sistema que tiene por base el célebre aforismo de que *el hombre piensa su palabra antes de hablar su pensamiento*, bien podemos asegurar que la palabra, tan necesaria para la abstracción y generalización que dan por resultado la *Ciencia*, se identifica de tal modo con la idea, una vez generada por ella, que llegan á no darse casi nunca en la realidad una sin otra; con lo que viene á resultar á la postre que si el verbo interior es primero que el verbo exterior en el orden de la naturaleza, suele ser posterior, cuando no simultáneo, en el orden del tiempo; por lo que bien podemos afirmar, sin temor á ningún género de excomuniones, que si el pensamiento es el verdadero generador del lenguaje, el lenguaje es el verdadero educador del pensamiento. Por eso ha podido escribir uno de nuestros críticos más profundos estas memorables palabras, que quisiéramos ver esculpidas en bronce imperecedero sobre el frontispicio de esta mansión: *Cuando en una Nación se corrompe la lengua, el Espíritu Nacional sufre profundas alteraciones; cuando la lengua muere, muere la Nacionalidad.*

Fácil por demás me sería, Señora, á poco que me detuviera á considerar los anales de los pueblos que fueron emporio de la civilización y gimen encorvados hoy bajo el yugo de la barbarie, comprobar la verdad histórica de esta tesis que con-signa la filosofía, y de que dan cumplido testimonio los más célebres monumentos de toda literatura; pero me parecería puerilidad imperdonable detenerme á demostrar este lugar común de la filosofía de la historia, que tiene su reconocida consagración en el ejemplo insigne de Babel, donde la confusión de las lenguas produjo la dispersión de las gentes; dispersión que habría producido á su vez la consumación más absoluta del salvajismo humano en la tierra, si el *Verbo mismo de Dios* no hubiese venido á redimirnos con la revelación de su palabra, dando comienzo con las lenguas de fuego del Cenáculo á la gran instauración de la Cristiandad, que convoca en uno todos los pueblos.

Y hé aquí, Señora, la razón por qué el invicto fundador de la dinastía que V. M. representa, fundó casi paralelamente á su dinastía la Real Academia Española, como si su espíritu superior le hubiese presentado con la visión gloriosa de la lengua y de la Monarquía, brotando unidas, y desarrollándose paralelas, desde Covadonga hasta Granada, y hasta el descubrimiento, conquista y civilización de América, el lazo invisible que une á estas dos formas sustanciales de nuestra histórica nacionalidad, el fluido vital que las anima y las auna como á alma y cuerpo de la Patria.

No las fundó, como tal vez ha solido creer el vulgo de las gentes, como fábrica y taller del lenguaje, en que se forjasen como por encargo las voces, y se inventasen á gusto del consumidor las palabras, que es, como acabamos de ver, revelación espontánea de todo un pueblo su lengua, elaborada por misteriosa formación en los seculares yacimientos de la historia, como el oro en las venas de las rocas antediluvianas; sino como se ve cuando se penetra en los senos de esta laboriosa Corporación, como lo pregonan las armas parlantes de esta Academia, como *Crisol puesto al fuego*, donde depurado de toda escoria el metal que deja á descubierto en sus acarreos el ancho río de las generaciones que corre al mar de la muerte, se fije su verdadero valor y se abriellent sus luces, para enriquecer debidamente con él el tesoro del habla castellana.

Noble, pero peligrosa por lo delicada, misión es ésta que nuestra institución nos impone, porque no ha habido un solo Académico jamás, por amplio y despreocupado que fuere, tanto en su estilo como en su criterio, que al dejar la pluma del escritor para dar su voto sobre la papeleta en que se propone la aceptación de una palabra, no haya sentido en su interior el terrible batallar de dos encontrados sentimientos: el ansia de allegar una arena más al caudal aurífero de la lengua: el temor de alterar ni en un ápice su pureza y su limpidez con la incorporación en la masa de un residuo de mala ley ó de un grano poco acendrado.

Y como las exigencias de la necesidad son cada vez más

crecientes, dados los rumbos nuevos de la vida, los espíritus más partidarios en todo de las novedades y adelantos, se sienten asaltados de pronto de un como religioso temor, al ver propiamente los bárbaros en las fronteras mismas de su imperio, y presintiendo con el espíritu transido de dolor la ruina y saqueo de tanta belleza atesorada, vuelven los ojos con alán á los genios que las amparan como á los dioses tutelares del gran idioma español, y aspiran anhelantes y codiciosos el ambiente que despiden las páginas de sus inmortales producciones, como pidiéndoles inspiración y numen, ansiando beber en ellas el germen ideal de su belleza literaria, como aquellas jóvenes esposas de la antigüedad que nos pinta el genio artístico del poeta vagando con los labios abiertos alrededor de los sepulcros de sus mayores para recoger su espíritu, errante allí, entre los mármoles de sus tumbas y fecundar con él los nuevos frutos de su amor palpitantes en sus entrañas.

Así se continúa el carácter genuino, histórico y tradicional de nuestra lengua, en lo que tiene de esencial, á través de todo género de invasiones. Porque «idioma» como lo da bien á entender su helénica etimología, significa «peculiaridad», «naturaleza propia», «característica», y ya impera hoy, señora absoluta de la lingüística moderna, aquella teoría que entrevió uno de los individuos de esta Academia, el primer Marqués de Pidal, y que comprobó con su gran autoridad y valer el genio ilustre de Federico Díez: á saber, que las lenguas propias y peculiares de nación y gente, como aquellas que á semejanza del ave fénix renacieron de sus cenizas después de la noche de la barbarie, al despuntar la aurora de sus genuinas nacionalidades, no nacieron sólo por descomposición de la lengua madre, sino también por evolución, á impulsos de la expansión de la propia personalidad afirmada en nuevas ideas y sentimientos; por lo que nos será permitido comparar el organismo del lenguaje con el organismo de la vida; pues si los elementos componentes del hombre varían en su parte material con el trascurso de los tiempos, permanece idéntico su espíritu que los informa y unifica á medida que los adquiere,

forzando á todos los átomos del universo mineral, vegetal y animal de que se alimenta á tomar la forma característica de la personalidad que les imprime el sello divino de su alma.

Conservar *el alma*, pues, por decirlo así, del lenguaje, que no ciertamente todas las arrugas de la piel, como suele creer el vulgo, es la misión de la Academia. Misión trascendental y fecunda, pues si la anónima multitud que forma, asimilándose las extrañas, las modernas palabras de cada idioma, cuando no las crea por sí, no pierde su propia personalidad, pervertida por la dirección y modelos que le den los llamados á dirigirla, antes bien se la confirma en su propio modo de ser, enseñándole el ideal de su propia naturaleza, en vano golpearán sus oídos frases, voces y giros opuestos al carácter nacional, ella sabrá al recogerlos marcarlos con la estampilla de su propia peculiaridad para devolverlos á la circulación con el cuño de su realeza.

Y no es posible temer que esto deje de realizarse algún día, porque sean las que fueren las inclinaciones y tendencias de los autores ó los críticos llamados á sucederse en los sitios de esta Academia, no les será nunca dado olvidar, ni nadie será osado á intentar lo seguramente, que la lengua que están llamados á custodiar, como fieles depositarios de sus grandezas, es aquella que surgió de entre las venerandas ruinas del idioma del Lacio, como expresión adecuada del pueblo llamado por la voz imperiosa de sus destinos á ser como el campeón de la civilización europea, enfrente del fatalismo oriental, que se dió cita de todos los puntos del horizonte y de la historia para sofocar con el yugo abrumador de todas las esclavitudes el Dios creador y personal, el alma inteligente y libre y la humana fraternidad en todos los órdenes de la vida; del pueblo creyente, libre, valeroso, magnánimo y amador, que cantó sus santos y sus virtudes, sus héroes y sus proezas, sus caballeros y sus amores, sus Reyes y sus libertades en los claustros artísticos de sus monumentales Monasterios, en los campos de batalla de todo el orbe conocido, en la proa de las carabelas que exploraban todo el orbe por co-

nocer, en las Cortes de amor y en los Consistorios de la *gaya ciencia*, en los Alcázares de sus Monarcas, en los adarves de sus castillos y en las plazas públicas de sus concejos y sus burgos, donde quiera que creyó hallar un eco que resonara con su voz; que no eran bastante sus imposibles empresas, sus hazañas inverosímiles, su colosal saber para agotar la vena generosa de las energías de su alma; y mientras hollaba con sus pies los trofeos amontonados de sus victorias en todo linaje de conquistas, daba al aire sus más sentidos acentos, más que para entonar himnos triunfales á su gloria, para desahogar el torrente de su pasión en pos del intangible ideal que más allá le sonreía.

No, no podrán olvidar seguramente que esa lengua, hija privilegiada de aquel latín con que asombraron á Roma Séneca y Lucano, Quintiliano y Marcial; en que Osío redactó la fórmula de Nicea; en que cantaron la cruz Juvenco y Prudencio, y en que enseñaron y adoctrinaron al mundo bárbaro San Leandro, San Isidoro, San Braulio, San Eugenio y San Ildefonso, es la que resonó realmente por primera vez «*vibrante y aguda como el clamor de una trompeta*» en las enriscadas cumbres asturianas, saludando como bélico toque de clarín el sol naciente de la Patria en las alboradas de la Reconquista; la que balbuceó el nombre dulcísimo de María en los primeros vajiidos de su niñez literaria, como invocándola Madre de su inspiración nacional; la que cantó los altos hechos de *Mío Cid*, *el de la barba grant*, en los Cantares de Gesta de la inimitable Epopeya castellana, donde tomó voz y cuerpo el ideal permanente de nuestra Patria y el símbolo perfecto y acabado de sus históricos destinos; la que habló la voz severa del deber con los reposados acentos del derecho en el Código inmortal de las *Partidas*, monumento grandioso levantado á la justicia y á la libertad por la democracia tradicional y cristiana de la Monarquía española; la que narró la historia de nuestras hazañas y reveses en los rudos acentos de la *Crónica general*, en las cortadas sentencias de Mendoza y en los clásicos períodos de Mariana; la que dió sencillez, claridad, naturalidad y energía

al *Romancero Nacional*, en que se retrató de cuerpo entero el pueblo español al cantar con su propia voz sus ideales más queridos; la que prestó pompa y galanura al espíritu caballeresco y cristiano, mezclado con el apólogo oriental y las tradiciones occidentales en los *Libros de caballería*; la que sirvió de cítara y de laud para sus alambicados discreteos á los enamorados trovadores de la corte de D. Juan II; la que encarnó los graves conceptos y profundas alegorías de nuestros famosos *Autos Sacramentales*; la que inundó con ancho río de vida las tablas del *Teatro español*, sirviendo de intérprete dócil y fiel á la fecundidad de Lope, á la profundidad de Calderón, á la travesura de Tirso, á la pintura de afectos y caracteres en Alarcón y Moreto; la que dió línea y color, morbidez y flexibilidad, á las humanas creaciones de nuestras novelas, hechas sangre y carne inmortal en la *Celestina* y el *Quijote*; la que ansiosa de abarcar en todos sus más opuestos extremos la genial naturaleza del pueblo que la inspiraba, se convirtió, sin mancharse, en lodo y fango de plazuela y de callejón, para darnos los héroes ilustres de la literatura picaresca, desde el *Lazarillo* hasta *Alfarache*, y se transfiguró en éter y luz y llama viva de amor, para aprisionar en palabras, que suenan como á divinas, los sobrenaturales conceptos, y las visiones y los éxtasis y los raptos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz y demás místicos españoles.

Porque ella, ella fué la que con su pureza, su propiedad y su armonía, con su claridad y precisión, con su energía y vehemencia, con su magnificencia y sublimidad, y sobre todo con su abundancia, dió ancho cauce al ingenio clarísimo y saturado de sal del Arcipreste de Hita, al exuberante de gracia y naturalidad del Infante D. Juan Manuel, y prestó voz á las derruidas piedras y á los mármoles destrozados de las *Ruinas de Itálica*, y soberanos acentos á la virtud entre cristiana y estoica que se revela y palpita en la *Epístola moral á Fabio*, y sacó contra su voluntad á la luz por la puerta de oro de sus inmortales romances la musa robusta, y delicada á la vez, de Góngora, cautiva en las cavernas de *Polifemo*, y hendió con la invenci-

ble espada de Bernardo del Carpio la frente orgullosa de Rolán por la poderosa mano de Balbuena, y quemó las naves de Cortés con la tea ardiente de Lasso, y tentó la austeridad de Garín en las cuevas del Monserrate, y arrodilló el bruto embravecido con los jugosos pastos del Jarama á los pies del caballo del Cid en la revuelta arena del circo madrileño, y clavó las espinas de la Pasión con la inspirada diestra de Hojeda sobre la inmaculada frente de Cristo.

Ella fué la que dió sencillez y devoción á Berceo, señorío y gentileza á Santillana, austeras lágrimas de resignación á Jorge Manrique, sentencias de sabiduría á Saavedra Fajardo, tajos y reverses á Ercilla, trompa sonora á Herrera, dulce caramillo á Boscan, Meléndez y Garcilaso, sonante lira y flautas de oro á Moratín, y fué como blanda cera primero, y como bronce imperecedero después, entre las manos del ingenio profundo del gran Quevedo, como cincel helénico en las de León, como alas de águila en Granada, y como cetro de oro en Cervantes para imperar como rey en los dilatados dominios de la sonora lengua de Castilla.

Y de ella, y solamente de ella, se pudo decir que fué noble, honesta y grave por su decoro; gallarda, enérgica y valiente por su entereza; alta, peregrina y sublime por su elevación; rica, copiosa, fértil, exuberante y opulenta por su abundancia; llena, arrogante, esplendorosa y magnífica por su pompa y su majestad, á la vez que blanda, suave, regalada y tierna por su dulzura; grata, sencilla y apacible por su facilidad y llaneza; tersa y clara por su transparencia y diafanidad, y llena de sales y agudezas por su donaire; que más parecerían de diccionario que de discurso estas páginas, si hubiéramos de ir insertando aquí todos los amorosos requiebros con que los grandes ingenios españoles saludaban los encantos de esta beldad que, joven y lozana, les sonreía como burlando la vigilancia y cuidado de las lenguas muertas de la antigüedad, que á manera de venerables dueñas la custodiaban.

Y fué tanto el entusiasmo y tan arrebatado el amor que la grandeza de la lengua inspiraba á los héroes y genios del siglo

de oro de nuestra Patria, que la hicieron como el emblema de nuestro poder y como el símbolo de nuestra soberanía, hasta el punto de que lo mismo cuando se registran los libros de los retóricos que cuando se estudian las hazañas de nuestros soldados, y se para uno á considerar el alto y significativo sentido de hechos culminantes de nuestra historia, parece como que el verdadero empeño de nuestro esfuerzo nacional y la empresa que habían tomado á su cargo nuestras armas no era tanto defender el *paladium* de la civilización europea, recabar los derechos de la corona de Aragón, llevar adelante los propósitos de Castilla, ó sostener el poderío de la casa de Austria contra sus rivales en Europa, como establecer el imperio universal de la sonora lengua castellana; pues mientras los unos narran su maravilloso poder y cantan sus innumerables excelencias, y buscan en lo más hondo de nuestra naturaleza tradicional el secreto de sus providenciales destinos; los otros, extendiendo y dilatando los límites indefinidos de su jurisdicción, ennobleciéndola con sus hechos, enalteciéndola con sus bríos, poniéndola á compás de su marcha marcial, y ordenándola militarmente á la manera de sus invencibles escuadrones, hicieron de ella como la lengua oficial de la victoria, y mientras el italiano, el flamenco, el inglés, el francés y aun el alemán se preciaban de hablar el castellano, y era tenido por gentileza y galanura entre damas y caballeros saber hablar la lengua del vencedor, y los cortesanos del gran Rey parecían, según frase de un gran escritor francés, más que habitantes de las orillas del Sena, nacidos en Madrid ó en Toledo, y hasta los envidiosos de su popularidad la excusaban por la necesidad que tenían de comprenderla todas las gentes, y sus adoradores más probados se justificaban al usarla como lengua de religión, alegando su aptitud para contener los misterios antes que el imperio de que gozaba en el mundo, el invicto César español, aquél que encarnó mejor que otro alguno nuestra misión providencial, y personificó como nadie nuestra genial naturaleza, el que adunó sobre su frente, con todas las coronas de los Reinos de Aragón y de Castilla, la corona imperial de Carlo Magno, después

de la memorable y trascendental victoria de Albis; ¡triunfo supremo de la civilización cristiana y del poderío latino! obligaba á los Soberanos vencidos á que le rindieran pleito homenaje como Señor con los altos y sonoros acentos del majestuoso idioma castellano.

¡Cómo extrañar, después de esto, que completándose el ensueño de la *Monarquía universal* con la visión de la *lengua universal* también, que más de cerca nos sonreía, se creyera ya próxima ó llegada!

«La edad dichosa en que promete el cielo,
una grey y un pastor sólo en el suelo,
por suerte á nuestros tiempos reservada.»

¡Cómo extrañar que más tarde, al observar la íntima relación del poderío de nuestra Patria con la riqueza de nuestra literatura, expusieran y comentaran con tal ahinco filólogos y gramáticos la estrecha y fraternal unión con que daban vencedoras la vuelta al mundo las voces castellanas de nuestros viejos romanceros, y las banderas españolas de los tercios viejos también de nuestra invencible infantería, que casi duda uno al leer sus eruditas disertaciones, si el esplendor clarísimo de nuestras letras era como reflejos y destellos deslumbradores de la gloria de nuestras armas, ó si los inspirados acentos de nuestra habla nacional eran como el irresistible conjuro con que se abría fácil y llano á nuestro valor el camino de la victoria!

¡Y cómo extrañar, finalmente, que todavía en las tristes horas que atravesamos, buscando más que consuelo, estímulo y emulación en las pasadas grandezas de nuestra historia, los que escudriñan y revuelven nuestros archivos para esclarecer la lingüística castellana, al encontrarse con los testimonios autorizados de enemigos y de extranjeros sobre el auge á que llegó nuestra lengua, las prensas célebres y rivales que hizo gemir con sus múltiples producciones, el ansia con que corrían á instruirse en ella los pueblos, la ciencia con que la enseñaban técnicamente los sabios, el honor con que la pro-

nunciaban los Reyes, lo necesario y corriente que era su conocimiento en los usos vulgares de la vida, y los apartados términos en que sonó como primer vagido de la civilización y como revelación inesperada de las verdades evangélicas, la apliquen con religioso temor, pero con convicción reposada, lo que del mudo, pero soberano lenguaje de los cielos en realidad, y en profecía de la inspirada palabra de los Apóstoles, cantó en sus salmos el Rey Profeta: *In omnem terram exhibit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum!*

¡Que tal y tanto fué su valer, y tales fueron los honores que mereció la lengua, cuya sagrada custodia está fiada por los fundadores de la dinastía que representa V. M., al honor de la Academia Española!

¿Cómo ha cumplido hasta ahora la Academia con este encargo?

Aquí sí que quisiera yo, Señora, la pluma de oro con que nuestro humilde Secretario, que, sin duda por haber llegado al mayor imperio sobre las letras, ha renunciado ya para siempre á los esplendores de la púrpura, refugiándose en las arduas y oscuras labores del Diccionario, como apropiado Monasterio de Yuste, para el Carlos V de nuestra escena, escribe las actas de la Real Academia Española.

¿Cómo narrar, sin ella, en breves, sencillas y ordenadas palabras, la historia íntima y externa, pública y privada de esta docta Corporación, que refleja y abarca en sus anales todas las vicisitudes de la Patria durante más de 180 años, y todas las glorias literarias que han presidido al renacimiento español durante la augusta dinastía de los Borbones!

¿Cómo evocaros aquí, con propiedad y acierto, la hermosa figura del ilustre prócer, de aquel D. Juan Manuel Fernández Pacheco, Duque de Escalona y Marqués de Villena, que, presa de una idea fija y de un sentimiento poderoso, elementos componentes de toda voluntad firme, lo mismo entre el estrépito de las batallas que en el reposo de sus señoríos y lugares, en la soledad de sus prisiones en los castillos de Alemania que entre las grandezas de sus Virreinos en Cataluña, Navarra,

Aragón, Sicilia y Nápoles, como entre los esplendores del Trono, concibe, acaricia y lleva á cabo por fin, en obsequio de la dama de sus pensamientos, ó sea el habla de Castilla, su afán constante y avasallador de dotar á la lengua de un *Diccionario*, y á la Patria de una *Academia!*

¡Cómo trazaros aquí, siquiera en los rasgos más geniales de su majestuosa silueta, la sombra luminosa, no más, de aquel gran Rey, señalado en la historia con el nombre de *El Animoso*, que, vencedor en Almansa y Villaviciosa, siente germinar en su mente la misma idea y al mismo tiempo, y ocupa su diestra victoriosa en firmar cédulas y otorgar privilegios á la naciente Corporación, porque *este designio que ahora me representa el Marqués* (son sus textuales palabras), *ha sido uno de los principales que concebí en mi Real ánimo luego que Dios, la razón y la justicia me llamaron á la Corona de esta Monarquía, no habiendo sido posible ponerle en ejecución entre las continuas inquietudes de la guerra*, por más que de tal designio se originaba para el gran Rey: *el más elevado crédito de la Nación, el adorno de la Monarquía, el esplendor de mis súbditos y la mayor gloria de mi Gobierno!*

¿Cómo pintaros después el cuadro interesantísimo por demás, que nos presentan los orígenes de la Real Academia Española! Aquel cuadro lleno de luz y de color, en que se retrata su infancia y su vida, por decirlo así, *de familia*; cuadro que tiene por fondo la regia estancia de la *posada* del prócer en Madrid, en cuyo centro y alrededor de la clásica mesa tradicional, se agrupan, presididos por el Marqués, como los primitivos fundadores de *las dinastías de estos Sillas* (como se han llegado á llamar), un cura párroco é inquisidor, un caballero del hábito de Alcántara, un Consejero de S. M. en el Supremo de Guerra, dos Rvdos. Padres de la Compañía de Jesús, un oficial de la Secretaría de Estado, dos títulos de Castilla, un señor de la nobleza de Vizcaya y un fraile de la Merced, simbólico representante de nuestra genuina democracia en aquella república de las letras.

¡Ni cómo historiaros tampoco el rápido desenvolvimiento

primero, las vicisitudes y malandanzas después, y el renacimiento y esplendores, por último, de esta Corporación ilustre en los tres largos y accidentados períodos en que su le descomponerse su vida!

El primero, de vida íntima y familiar, presidido por los Villenas en sus solares y palacios, favorecido por el Monarca, que mira á los Académicos como cosa suya y como criados empleados en su servicio (que tanto valía servir á la lengua como servir al Rey y, por lo tanto, á la Patria), en que sólo sale la Academia á luz para consultar gravemente al Trono como supremo tribunal, ó para formar en la corte en las grandes solemnidades; el segundo, de vida más de gobierno, cuando considerada como institución influyente en la vida de la Nación, siente ya como de rechazo el contragolpe de las conmociones políticas que remueven la sociedad. Época en que la dirección de la Academia Española deja de ser hereditaria de hecho para confirmarse electiva; en que Ensenadas y Carvajales se la disputan al propio tiempo que el gobierno de la Nación; en que Albas y Silvas ven en ella como el símbolo de un poder, no sólo literario, sino político; en que la Academia deja de celebrar sus juntas en la casa vincular de sus directores, para trasladarse á la del Secretario del Despacho de Estado, primero, y á la del tesoro, dependiente del Real Palacio, después, para fijarse, por último, en su ya histórico solar de la abandonada calle de Valverde. El tercero, de vida ya plenamente nacional, en que atacada en su independencia, la Nación española se levanta á demostrar por sí, que es dueña y señora de sus destinos, y la Academia, como fuerza viva de la Nación, inicia con ella el movimiento doloroso y gigante, pero expansivo, de su propia personalidad, en que á través de largas y penosas contrariedades, y en alas, al fin, de prósperos y bonancibles sucesos, llegamos hasta el día de hoy, en que la solemne inauguración de este hermoso edificio, á la vez que abre un período nuevo en la historia de esta Academia, pone de manifiesto lo que ya se vió desde el primer instante de su fundación primitiva: la vida propia que alcanza en esta

tierra española todo lo que brota y nace á la luz por acuerdo espontáneo y feliz entre el pueblo y el Trono.

Tarea superior por demás, no sólo al breve tiempo de que dispongo, sino hasta á mis fuerzas literarias, sería, no ya extractar, sino componer la historia circunstanciada de esta Real Academia. Esa historia permanece por escribir, y aun sospecho yo que ha de esperar largo tiempo la pluma que se sienta con serenidad para trazar sin correrse, nerviosamente sacudida, la historia de una Corporación que es como la quinta esencia de la historia moderna de la Patria. En su seno, es verdad, y todos somos de ello testigos, se respira un ambiente de cordialidad tan puro, que parece, una vez en él, que lo bañan y refrescan las cristalinas aguas del Helicón y lo perfuman y embalsaman las suaves flores del Parnaso; pero por de fuera, y en torno y encima de él, braman como aquilones furiosos los vientos desencadenados en la sociedad y se cierne la nube preñada de tempestades que nubla y oscurece á menudo el sol radiante de la Patria.

Porque observando cuidadosamente debajo de las engañosas apariencias, luego se echa de ver cómo detrás de la pacífica tarea de analizar y definir palabras, se esconde, no sólo la superior de fijar las ciencias y las artes todas del lenguaje y de señalar rumbo é inspiración á la poesía y la elocuencia, las dos alas con que se remontan las Naciones á las excelsas cumbres de su gloria, ó se precipitan en los abismos de su ruina, sino la más trascendental todavía de dirigir el curso de la civilización y hasta de decidir de los futuros derroteros de la historia.

Por eso fué tan admirable el designio del inolvidable Marqués de Villena; por eso fué tan insigne el esfuerzo y tesón de aquellos venerables varones que, como el grave Ferreras, el místico D. Gabriel Alvarez de Toledo, el sabio Fray Juan Interián de Ayala, y los demás ilustres fundadores de la Academia, se consagraron á sacar á salvo el lenguaje de la postración en que yacía y de la invasión que le amagaba, y por eso fué tan digna de admiración la patriótica y elevada

conducta del nieto de Luis XIV, que lejos de encadenar los futuros destinos de su reino á los esplendores de Versalles, convirtiendo al ya decrépito idioma español en girasol del lenguaje que immortalizaban á la sazón Bossuet y Corneille, levantó con sus propias manos el dique que había de contener la invasión de galicismos que amenazaba, con la naciente dinastía, á nuestra empobrecida literatura, fundando una docta Corporación que nos enseñase y propusiese como modelos y autoridades los grandes escritores que produjo el siglo de oro español, bajo el glorioso cetro de los Austrias.

Ejemplo memorable y digno de consideración, que podemos recordar con aplauso, con más desembarazo y seguridad que otros que tenemos más cerca; y aun por eso sospecho yo que quizás la Providencia reserva para tiempos lejanos de aquellos en que las pasiones políticas (mal apagadas aún), si no intervinieron en los procedimientos de la Academia, la envolvieron, como á todo lo que forma parte de la vida de la Nación, en sus revueltos torbellinos, la hora en que aparezca en toda su grandeza la serenidad de esta Corporación verdaderamente española, que, como los legisladores de Cádiz ó como el ilustre Balmes, bajo los fuegos de Montjuich dilucidaba tranquila y reposadamente cuestiones gramaticales mientras silbaba á su alrededor la metralla de nuestras discordias civiles.

Pero si la historia de esta Academia está aún por escribir, registrando sus actas y sus papeles, y los trabajos de Ferrer y de Molins y de otros varios académicos, y recogiendo la tradición oral que todavía corre de boca en boca por los venerables y cada vez menos numerosos patriarcas de la casa, se encuentra como precioso filón en las sinuosidades de la mina, el hilo de la narración de sus pasadas grandezas y dolores, y meditando sobre los nombres de los inmortales de verdad y de los inmortales sólo de oficio que han ocupado sus sitios, se logra deducir datos de grandísima enseñanza para la historia, tanto literaria como política, de la Nación.

Allí se verá, como ya observó uno de sus ilustres directo-

res (1), el acabado paralelismo de la Academia y la Nación durante siglo y medio de existencia; cómo la Academia tomó constantemente su fuerza de las fuerzas vivas de la Nación, y cómo la Nación pugnó por enviar sus más ilustres representantes á los sitios de la Academia; cómo las generaciones que fueron marcando su paso por la sociedad, se apresuraron á marcarlo también por la Corporación, y cómo la Corporación les imprimió de tal manera su sello, que no pudieron menos de dejarlo impreso á su vez en el seno de la sociedad de que eran representantes; cómo la Academia reclutó indistintamente sus miembros en los Monasterios y Palacios, en los Consejos y de las Cátedras, en los Estamentos y Periódicos; donde quiera que el mérito, y á falta del mérito la opinión, la presentaron un nombre; cómo casi todo lo que alcanzó renombre y fama en el país bajo el aspecto literario, pasó por esta Corporación; cómo encontraron en ella premio á su desconocido valor esos modestos y oscuros obreros de la ciencia, que son como las piedras fundamentales de toda docta institución, y que como destinadas á trabajar bajo tierra, no alcanzan nunca la admiración y el aplauso que con tanta facilidad obtienen las que se ostentan gallardas al exterior, en forma de escudos ó de almenas, con un atrevimiento que se debe, más que á su propia solidez, al cimiento escondido que las sustenta.

Y allí verá el que estudiare estos datos de nuestra historia, cómo en las listas de la Academia se sucedieron en predominio, primero la Compañía de Jesús y luego las Órdenes Religiosas, los clérigos seculares después, los miembros de Corporaciones afectas al jansenismo más tarde, los jurisconsultos regalistas al fin, y los poetas propagadores de las nuevas ideas filosóficas por último, en todo el curso del pasado siglo, al-boreando el presente con el de Grandes de España aspirantes á ciudadanos en la república de las letras, seguidos por el de nobles hidalgos é infanzones adictos al régimen liberal,

(1) El Marqués de Molins, á quien se deben casi todos los trabajos sobre la historia de la Real Academia Española.

sustituidos por los poetas románticos al cabo y ahogados todos después por los oradores del Parlamento.

Allí se verá, por fin, inquiriendo las vicisitudes de la política en el país en los anales de la Academia, cómo el oficio de Director, «siendo electivo por estatuto, se tornó en vitalicio por privilegio y en casi hereditario por costumbre, para volver á confirmarse electivo», y cómo á la muerte de D. Pedro de Silva, Presidente de la Corporación en 1808, permaneció la Academia sin Director todo el tiempo que la Patria sin Rey. ¡Ejemplo insigne y exclusivamente español de amor á la Independencia de la Nación y de respeto á su dignidad, que no se quedó ciertamente en alardes; pues registrando la historia de aquel período, se ve que los miembros más ilustres de esta Academia, ó gimieron bajo el peso de la proscripción, ó murieron entre los horrores del destierro, ó sucumbieron lidiando como buenos por el honor nacional en nuestros campos de batalla.

¡Y ojalá que sólo por motivos así vistieran crespones los sitiales de la Academia! La pérdida de la colaboración de sus miembros más esclarecidos quedaría compensada hasta por demás con los servicios hechos á la Patria; pero ¿quién compensará las que la ocasionó la sombra pavorosa y siniestra de los esbirros acechando la salida del Académico de este inviolable recinto, pacífico albergue de las Musas, para apoderarse de él en secreto y llevarle al destierro y á la prisión, como sucedió en 1767 á los académicos pertenecientes á la Compañía de Jesús, y en 1814 á los tildados, sin razón algunos, de afrancesados y, con ella todos, de liberales?

Corramos, Señora, el clásico velo del olvido sobre estos tristes sucesos que evidencian con claridad lo compenetradas y acordes que viven la vida de la Nación y la vida de la Academia; la inviolabilidad interior de éste como sagrado recinto á cuyos hospitalarios umbrales se detuvo la planta del Inquisidor, y tembló, si no se quebró, la vara del Alcalde de Casa y Corte; la importancia y valer de los Académicos en la Nación como representantes de las ideas, de las clases y de

las parcialidades de la Patria, y lo tristes y dolorosas y funestas que fueron y serán siempre para las letras, las persecuciones de la religión, las luchas fratricidas de la política y las catástrofes nacionales.

Bien lo confirman, Señora, la penuria de «hombres y de dinero» por que atravesó la Academia largos períodos de nuestras discordias civiles. Dejónos de ella acabadísimo retablo la docta pluma del Marqués de Molins en aquel trabajo en que historió su toma de posesión del cargo de Académico en la entonces ruinoso casa de la calle de Valverde, época en que el negro y siniestro portal, mal alumbrado por mezquina candelaja, encomendaba al olfato la peligrosa tarea de averiguar el camino (entre todo género de escollos) para dar á tientas con la escalera, hermana gemela del portal, que conducía, no sin peligro, á una desmantelada habitación, sin papel, alfombra ni cortinas, en que sobre una desvencijada mesa, cubierta de un roto y mal remendado tapete, demostraban sus pujos por arder dos humildes velas de sebo, «que se corrían (dice el autor), no de humildes, sino de baratas.»

Cinco bancos, «no más cómodos ni más decentes que la mesa», eran los dorados sitiales en que tronaban los inmortales de aquel Olimpo literario; sendas capas en que se embosaban majestuosamente los Académicos para guarecerse del frío que se colaba por las rendijas, las togas palmadas de su dignidad, excepción hecha del Presidente, que debía dar pruebas de la alteza y estimación de su cargo, despreciando á cuerpo las pulmonías, y negros gorros de seda, coronaban las desguarnecidas cabezas de casi todos, á modo de nimbos literarios ó de coronas de laureles.

La lectura del acta resonaba á manera de fúnebre salmodia entre las desnudas paredes de aquel templo, lamentando con ayes que hubiera podido prohijar Jeremías, la perfecta limpieza de las cajas de la Academia, la parálisis absoluta de la venta de sus publicaciones, la falta de impresores que quisieran adelantar los fondos necesarios para la edición del *Garcilaso* y de la *Gramática*, y las exigencias crecientes del pro-

veedor de papel, que reclamaba, como usurero á hijos pródigos de familia, la devolución de sus préstamos á interés para pagar á la imprenta, y el pago del importe del papel que se había tomado *fiado* para dar á la estampa el *Diccionario de la Lengua*.

Esta miseria del material, que llegaba á su colmo, no pudiendo decirse los reglamentarios sufragios por los Académicos difuntos por falta de fondos para ello, corría parejas con la miseria del personal, no en cuanto á la calidad, sino al número; pues de veinticuatro plazas que había, ocho estaban sin proveer, y las vacantes duraban siete años; y sólo se sobrepone uno á esta atmósfera sofocante y letal, recordando los trabajos importantísimos que la Academia llevó á cabo en medio de esta pavorosa soledad y de este tristísimo abandono, y los nombres de los Académicos que á la sazón ocupaban estos sitios: Lista y Quintana, Gallego y Martínez de la Rosa, Navarrete y Musso, Bretón de los Herreros y el Duque de Rivas, y el propio Marqués de Molins, digno de tanta recordación en los fastos de esta Academia.

Pero tocábase ya aquella época de reorganización y de renacimiento en que bajo la mano firme é ilustrada de hombres que no soy yo el llamado á elogiar, y menos en estos momentos, se constituía el País, y se organizaba la Administración, y se creaba la Instrucción pública, y se daba sér á la Hacienda; y á este movimiento nacional no podía sustraerse la Academia Española, cabiéndole al mismo Marqués de Molins la gloria de proponer á S. M. la Reina Doña Isabel II la reforma de esta Corporación, que, dirigida por Martínez de la Rosa, llegó á su grado más alto de esplendor, viéndose aquellos estrados, antes desiertos, poblados por los jefes de todo el movimiento intelectual de la época, abiertos al aire y á la luz en las públicas recepciones, á que pugnaban por asistir los Ministros de la Corona, los Prelados y Próceres de la Nación, los caudillos de nuestro Ejército, los jefes de nuestra Magistratura, los Embajadores de las Naciones extranjeras, y el representante de aquel Santo Poder (dice el historiador) «donde tuvo principio y cobró fuerza la Civilización Europea.»

¿Cómo analizar los méritos de los que vinieron de todas las esferas literarias á inscribir su nombre en esta docta Corporación en calidad de Académicos de número, poco después de esta reforma?

¿Cómo escoger entre ellos para dar una idea de su valer? Enojoso será enumerarlos; pero la rápida audición de nombres como Frías, Vega, Pezuela, Pacheco, Saavedra, Durán, Mesonero Romanos, Galiano, Pidal, Ochoa, Segovia, Oliván, Pastor Díaz, Hartzenbusch, Balmes, Valdégamas, Mora, Quinto, Puente, Caveda, Ferrer del Río, Baralt, Fernández Guerra, Valmar, Cañete, Tamayo, Monlau, Nocedal, Rodríguez Rubí, Cutanda, Catalina (D. Severo), García Gutiérrez, Valera, Campamor, González Brabo, Auñón, Núñez de Arenas, Río y Rosas, Ayala, Cánovas, Selgas, Fernández (D. Cayetano), Aparisi, Saavedra Meneses, Olózaga, Canalejas, Silvela, Castelar, Benavides, Pascual, Arnao, Godoy Alcántara, Galindo y de Vera, Núñez de Arce, Saavedra, Madrazo, San Gregorio, Barrantes, Alarcón, Casa-Valencia, Catalina (D. Mariano), Tejado, Menéndez Pelayo, Balaguer, Echegaray, Zorrilla, Villahermosa, Castro y Serrano, Martos, Mir, Benot, Commelerán, Fernández y González, Pérez Galdós, Palacio, Fabié, Barbieri, Balart, Liniers, García Ayuso y Fray Zeferino González, dicen, con sólo unas cuantas sílabas, más que pudieran decir en nuestros oídos tomos enteros dedicados á esclarecer nuestra brillante historia literaria.

Con razón ha podido escribir el Marqués de Molins después de esto, que «la historia de nuestra Academia sería, además de muy honrosa para nosotros y muy ejemplar para todos, por su conducta patriótica, una preciosa é ignorada crónica de la regeneración literaria de España, en que aparecerían además de bulto las tradiciones íntimas, el amistoso trato, la fraternal confianza que durante siglo y medio ha reinado aquí dentro, y ha convertido como en una familia á los hombres de más ciencia y de más autoridad de la Monarquía. Libro de oro, con cuya lectura solamente se conocerá nuestra nobleza intelectual y podrá comprenderse hasta dónde han extendido

su influjo los que en la cruzada literaria de una centuria no se cansaron de pelear bajo la enseña del *Crisol encendido*.»

Esta historia, Señora, para ser acabada y perfecta, tendría necesidad de contener, no sólo aquel glorioso renacimiento literario del siglo XVIII, á que presidió la formación de la Academia Española, hermana mayor, ejemplo y modelo de todas las demás Academias, de las Sociedades Económicas del País y de Bellas Letras, y que simbolizan nombres como Feijóo y Luján, Pérez Bayer y Capmany, Isla y Forner, Iriarte y Ceballos, Jovellanos y Campomanes, sino que debería abarcar dentro de sus términos este otro renacimiento, literario también, de nuestros días, llevado á cabo bajo el glorioso reinado de Isabel II, que pasará á la historia, en cuanto se alejen un poco más sus términos de la vista y se idealicen algo las figuras con la distancia, como uno de los más prósperos y brillantes para las letras españolas, á semejanza de aquellos que inmortalizaron los jardines del Buen Retiro como sucursales del Parnaso.

Entonces, y sólo entonces, se pondrán de manifiesto á la vez todos los lazos estrechos y todos los hilos misteriosos que unen los venerables sillones de esta Academia con aquella lucha colosal entre todos los clasicismos á un tiempo, desde el heleno hasta el francés, con el monstruo poderoso y brillante, aunque informe, del romanticismo, que, á semejanza de hidra literaria, amenazaba con sus múltiples cabezas líricas, dramáticas y novelescas, y con los dardos de sus fauces fisiológicas, históricas y sociales, á los eternos é inalterables modelos de la belleza acompasada y serena, y á los sesudos, ceñidos y moderados preceptos del circunspecto *buen sentido*, produciéndose, por uno y otro lado, entre los fragores de la lucha, aquella serie de obras inmortales que no admiramos bastante por ser propias, en que palpitan bullentes y creadores todos los elementos retóricos y poéticos de nuestro genio nacional, que bastarían á enriquecer los anales literarios de muchos pueblos, que ni siquiera se pueden enumerar por lo múltiples, pero que ostentan á su cabeza como pendones de

hueste literaria y como blasones heráldicos de familia, dramas y comedias como *La Conjuración de Venecia* y el *Don Alvaro*, *El Trovador* y *Los Amantes de Teruel*, Alfonso Munio, Marcela, *El Hombre de Mundo* y *Consuelo*; poesías como *La Muerte de Jesús*, el *Canto á Teresa* y los *Cantos del Trovador*, *La Primavera* y el *Estío*, *El Libro de los Cantares* y las *Rimas*; Novelas como *Doña Blanca de Navarra*, *Clemencia* y *El Escándalo*; trabajos de crítica literaria como la *Introducción al Cancionero de Baena*, el *Romancero Español*; el estudio sobre los *Autos Sacramentales*, *La Poesía heróico-popular*, los *Diálogos Literarios* y la *Historia de la Literatura Española*; oraciones como los discursos de la *Fontana de Oro* y los del año 48 sobre la dictadura; estudios filosóficos como *El Criterio*, y hasta las travesuras y gracejos de *Figaro*, de *El Curioso Parlante* y de *El Solitario*, para no citar más que á los muertos, aun á costa de pasar en silencio al doctísimo arqueólogo, investigador de nuestras grandezas literarias; al evocador sin segundo de las palpitaciones de la vida y de los relieves de la realidad sobre los yertos pergaminos en que duerme empolvada la historia; al orador más celebrado de todos los oradores modernos; al que robó á Francia su Racine, á Italia su Alfieri, á Alemania su Schiller y á Inglaterra su Sckaspeare para vestirles el ropaje de Lope y de Calderón, á fin de inmortalizar, uno en pos de otro, tres nombres desconocidos; á los dos insignes poetas de mayor estro, renombre y celebridad, aunque de inspiración más diversa; á los dos ilustres novelistas que han alcanzado mayor gloria y aceptación, aunque por rumbos encontrados; al peregrino y singular ingenio entre helénico y español, entre francés y alemán, que envuelve sus optimismos paganos en el manto espléndido y rozagante de incomparable prosa castellana; á la que ya se ha llamado, «sin adulación», la *Madame Stael* española; al sabio que rescató la filosofía nacional de las lóbregas mazmorras en que gritaba en estridente germanía para hacerla hablar castellano, y á tantos consumados hablistas, filólogos eruditos, políglotos afamados, orientalistas distinguidos, novelistas inagotables, poetas dra-

máticos laureados, críticos de fama imperecedera, trovadores castellanos y provenzales, historiadores de verdad, oradores de Parlamento y literatos de oficio, como veo en torno de mí y diviso desde los umbrales de esta Academia, aunque no tenga alientos, tiempo ni voz para seguir enumerándolos, ni apenas me queden para mentar á aquel Fernando de Córdoba, que asombro, estupor y espanto de la Universidad de París, donde pasó plaza de *Antecristo* en 1445 por su maravilloso saber en toda clase de disciplinas, á la corta edad de 20 años, ha vuelto á reaparecer, rompiendo, sin duda, la redoma en que encerró huyendo de los rigores de la Sorbona, para sentarse entre nosotros y poner digna coronación con su nombre á nuestro renacimiento literario.

Pero no quiero cansar á V. M. recordando, ni en rasgos, lapidarios por lo lacónicos, cuál fué la obra moral de esta Academia en ese período, crítico por demás, que media entre la coronación de Quintana en el reinado de Isabel II, y la coronación de Zorrilla bajo la regencia de la madre de Alfonso XIII, como si la Providencia reservase las apoteosis de nuestras letras, en esos grandes premios florales que marcan páginas en la historia y acotaciones en los siglos, para cuando ocupa el trono una dama que pueda, como Reina del *gay saber*, ceñir las inspiradas sienas del poeta; y concretándome á sus obras directas, por decirlo así materiales, enumeraré, como el gran historiador de Alejandro enumeraba sus conquistas, las más célebres producciones de esta laboriosa Corporación que tanto ha merecido de la Patria.

¡Permitidme, sin embargo, que lo salude con veneración!: es la piedra fundamental de nuestro edificio literario, del alcázar de nuestra lengua: es la obra concienzuda, paciente, benedictina, de una generación de sabios tan modestos como laboriosos, que no trabajaba para el día de hoy, ni para el momento de ahora, que sembraba para la posteridad con aquella naturalidad serena y reposada del que cumple un deber y desempeña una obligación sin pararse á mirar que no han de alcanzarle los beneficios, ni darse aires de héroe por su gene-

rosidad, ni de víctima por su trabajo, ni recabar gratitud por su abnegación y constancia; antes bien, deplorando no haber sabido desplegar el acierto que merecía su empeño. ¡Saludémosle con honor, saludemos esos seis tomos in folio del venerable *Diccionario de autoridades*, en que, condensado y purísimo, se encierra el oro de nuestra lengua, depurado en el crisol de nuestros más insignes escritores! Veinticinco años les costó darle cima á aquellos infatigables varones, que ni siquiera gozaron el placer de verlo todo publicado; pues, como en el desierto á Moisés, les fué alcanzando la muerte cuando ya tocaban la tierra de promisión con la impresión del último volumen. ¡Cómo contar el concierto de aplausos y de alabanzas que arrancó esta obra fundamental de nuestros primeros Académicos! Ni una voz faltó en este concurso de admiración; hasta tuvieron la fortuna de oír ya á los primeros pliegos publicados los primeros aullidos del ladrido tradicional con que le sigue acompañando la envidia, y no les negó la Providencia el insulto que como sucia raya en toda blanca pared traza la mano ávida de notoriedad, incapaz de alcanzarla por otros caminos, de los que sienten hasta ofendida la vista con el espectáculo deslumbrador de toda belleza inmaculada.

De malhechores públicos ó «facinerosos», nada menos, se apresuró á calificar, indignado, á estos rinconetes de las letras, el escritor distinguido y periodista liberal D. Antonio Ferrer del Río, teniendo en cuenta, sin duda, más que el éxito la intención, por lo que nos parece excesiva la calificación mencionada; pues si es más para compadecido que para castigado el intento de rebajar el crédito y la autoridad de la primera Corporación literaria de la Patria común, en que figuran, al lado de otros más modestos, los nombres más celebrados de las letras, en momentos críticos por demás para la unidad del idioma castellano extendido por ambos mundos, el éxito que alcanzan sus predicaciones y diatribas, coreadas, como es natural, por los deheredados de las letras, lo dicen bien las numerosas ediciones rápidamente agotadas de nuestro *Diccionario*; lo dicen más la solemnidad á que asistimos, y lo sabemos aún mejor los que

tenemos el compromiso de elegir en las vacantes académicas.

¡Bien venidos sean para todos nosotros, pues, esos tradicionales insultos, á todo lo que se eleva por su saber ó se acrece por su fortuna; ellos serán para nosotros, cuando no ocasiones de regocijo, acicate y estímulo para arreciar en nuestra indefinida labor y gritos como de esclavo romano que moderen nuestra alegría, recordándonos en medio de los esplendores del triunfo, lo perecedero y mortal de toda vanidad humana!

¡Bien venidos sean, pues, que por celebrados que fueren de los que no pueden medir, ni siquiera por aproximación, lo cómico de su injusticia, no lograrán detener la marcha triunfal de la Academia Española, que lleva agotadas ya doce distintas ediciones, aumentadas y corregidas de su *Diccionario vulgar* (1); trece de su *Prontuario de ortografía*, cincuenta y seis de su *Gramática*, de su *Compendio* y de su *Eptome*, habiendo dado además á luz tres tomos de los más antiguos *Discursos* y seis de sus interesantes *Memorias*; cuatro ediciones, entre ellas la príncipe, del *Quijote*; las *Poesías anteriores al siglo XV*; *La Aminta* y *La Jornada de Túnez*; las *Obras poéticas del Duque de Frias* y de *Nicasio Gallego*; el *Código de los godos*, *El Siglo de oro* y *La Grandeza mejicana*; *La Araucana* y el trabajo sobre *El Fuero de Avilés*; la historia de las *Vicisitudes de nuestro idioma en nuestros cuerpos legales*, la *Biografía de Alarcón* y el estudio sobre *Bretón de los Herreros*, la Memoria sobre *La sepultura de Cervantes* y dos estudios sobre *Apellidos castellanos*; *El glosario de voces ibéricas y latinas, usadas por los mozárabes*; *La biblioteca histórica de la filología castellana*; *Las farsas y églogas de Lucas Fernández*; las *Comedias escogidas de Alarcón*; el *Teatro escogido de Calderón de la Barca*; el completo de *Juan de la Encina* y la *Antología de poetas americanos*, sin contar las obras poéticas laureadas,

(1) La última edición del *Diccionario*, que ha merecido el nombre de «Monumento nacional tanto en España como en América» á los filólogos extranjeros, es, á juicio del eminente lexicógrafo español, colombiano D. Rufino José Cuervo, «infinitamente más copiosa y esmerada que las precedentes.» (Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.—Cuarta edición, p. 544.)

algunas otras de menor tamaño aunque no de menos valer y casi todos los discursos de recepción; en redondo: CINCO MILLONES DE VOLÚMENES arrojados á la circulación como focos de luz y como propagadores del buen gusto, entre los que descuellan por su capital importancia los tres tomos publicados ya, de los cuarenta ó cincuenta infolios que compendrán las *Obras completas* del Fénix de los ingenios y los primores de arte, de erudición, de trabajo, de ingenio y de inspiración, que se encierran en los dos tomos de las *Cantigas* (1).

¡Las Cantigas! monumento casi sin rival de la devoción á María, que abrigaba el alma del gran Rey, caballero, astrónomo, legislador, hablista, historiador y poeta; monumento más precioso aún de las primicias de la lírica española, y de la lengua litúrgica, por decirlo así, de la poesía culta en los trovadores de la edad feudal; monumento todavía mayor de la unidad en la variedad de la Península simbolizada en la variedad en la unidad, de la lengua; monumento religioso, literario, artístico y nacional, espléndidamente dado á luz por esta Real Academia, que ostenta con esta publicación cómo en la región de las letras, en esa elevada región tan superior y tan lejana de las divisiones políticas, no reconoce fronteras entre todos los dialectos de las regiones peninsulares que, cra se hablen en Asturias ó en Aragón, en Cataluña ó en Valencia, ora en Galicia y Portugal, caen bajo su jurisdicción española, como padres, ó hermanos ó hijos que son de nuestro glorioso castellano.

¿Á qué continuar? Se hace tarde, y no es cosa de que, cual otro Asmodeo, levante á vuestra vista los techos de las oficinas de esta casa, para ir sorprendiendo en sus fecundos trabajos á sus numerosas Comisiones, como la del *Diccionario vulgar*, la de *Gramática*, la de *Etimologías*, la de *Academias ameri-*

(1) La sabia y elocuente introducción, las notas eruditas y el esmeradísimo trabajo de comprobación y depuración de los textos, son debidos al insigne literato español y celosísimo Tesorero perpetuo de la Academia, Sr. Marqués de Valmar.

canas; ni es cosa de que os cuente las cerca de ¡cuatrocientas mil papeletas! que tenemos ya preparadas para las nuevas ediciones de nuestros dos Diccionarios; ni que abra los armarios de estos archivos para enseñaros los concluidos trabajos del *Diccionario de la Rima* y del *Diccionario de Sinónimos*, sobre Lope de Rueda y Gil-Vicente, y Timoneda y Torres Naharro, y Rojas y Garcilaso, y Cervantes, y toda la *Colección de clásicos españoles* que hemos comenzado á publicar; ni menos que os relate al pormenor los *Certámenes* que hemos abierto, los *Premios* que hemos otorgado, los *Informes* que hemos escrito, las *Consultas* que hemos evacuado, las *Lápidas conmemorativas* y los auxilios pecuniarios con que hemos honrado la memoria de nuestros escritores más ilustres, los entierros que hemos sufragado á los Académicos pobres, los socorros con que hemos atendido á sus necesitadas familias ó con que les hemos ayudado á ellos mismos á comprar el pan de la emigración, y las *Honras fúnebres* con que hemos rogado á Dios por las almas de los cultivadores de nuestras letras, juntando en uno, en tan solemnes funciones, los dos honrados, aunque diversos propósitos, de dar paz á los muertos y estímulo y ocasión á la elocuencia sagrada de nuestros más célebres predicadores.

Sólo una obra me falta por consignar; pero no hay en mi voz acentos dignos de su grandeza. Ya os la diré, con la doblada autoridad que le prestan su nacimiento en el Perú y su presidencia en la Academia, el que tan sólo con nombrarse es una prueba irresistible de la fraternidad que alcanzan las letras españolas y americanas.

Ya lo oirá en breve V. M. de labios del poeta limeño, traductor felicísimo de las obras maestras del ingenio humano; de labios del soldado español, hijo de los antiguos Virreyes en el Imperio de los Incas; de labios del venerable decano de las patrias letras, Director de la Real Academia Española: la fraternidad que disolvió la fuerza sobre los campos de batalla, se reconstruye y se engendra, al conjuro de esta Academia, en los serenos templos del buen decir de las correspondientes americanas. Ninguna paz, ninguna libertad, ninguna indepen-

dencia amenaza esta concertada armonía, y el coro de Repúblicas americanas pueden saludar risueñas, alegres y tranquilas, en su antigua metrópoli, la secular Monarquía que guarda bajo su blasonado dosel el manantial purísimo de que brota la lengua, que á modo de impetuosa catarata agitan con el soplo de su inspiración los escritores americanos.

Ayala, el gran Ayala, grande sobre todo en la Academia Española al penetrar con su mirada vigorosa en las entrañas de la raza que forma nuestra historia común, descubrió analizando los fundamentos nacionales de nuestra histórica Monarquía, que la Monarquía en España *no era consecuencia de nuestra humildad, sino razón de Estado de nuestra soberbia*. Y por la misma razón que en la esfera agitada de las pasiones y los intereses humanos, «era necesario levantar de tal modo la persona del Monarca, que siendo imposible la rivalidad, fuera constante la obediencia», bastando una Cédula Real ó los poderes mayestáticos de una mujer ó de un niño para apaciguar y someter á irreductibles rivales del temple de los conquistadores de América ó de los almogábares en Oriente, del propio modo en la esfera de las controversias filológicas hay que levantar la autoridad gramatical de la Real Academia Española, para evitar la falta de unidad, la rivalidad con ella, la dispersión después y la desaparición, por último, de esta gran fuerza universal con que tenemos aprisionado una gran parte del planeta con los vínculos del lenguaje, los que hijos después de todo, de una madre común, no podemos dejar de sentirnos y de reconocernos hermanos.

¡Cincuenta millones de españoles y de hispanos americanos, hijos todos del mismo Cid, hablan la lengua en la que se cantaron sus gestas, como eccs repercutidos al fin de aquel sublime grito de ¡Tierra! que oyó como primer acento revelador de la verdad y de la vida, el Nuevo Mundo dormido en las soledades del Océano, al despertar de su sueño ante el rumor de las aguas hendidas por las cortantes proras de nuestras históricas carabelas!

Nadie sabe la fuerza que puso Dios en la palabra, desde

que quiso con la suya crear y redimir al Universo; pero la historia nos enseña la gran fuerza de cohesión que da la identidad del lenguaje, como los pueblos que hablan la misma lengua tienen mucho adelantado para entenderse y hasta para reconocer, pasado el momento de toda inevitable discordia, que hasta las maldiciones más violentas lanzadas en momentos de exaltación, son formas, extrañas á primera vista, es verdad, pero formas, al cabo, del cariño que se queja con tanta mayor pasión cuanto más le duele el agravio, por tocarle más hondamente en el corazón y en el alma, donde tenía como encerrado el afecto de quien le faltó ó de quien creyó que le faltaba en un arrebató de celos.

No es, pues, escasa fortuna para la buena suerte de todos, que enfrente del poderío invasor de la América anglo-sajona, la América española siga siendo *de un solo labio*, y que en vez de dispersarse en otra Babel, se unifique y se organice en las Academias Correspondientes; pues siendo la Real Española como la Roma de la religión de esta lengua, la depositaria de su tradición, el custodio de sus escrituras y como el oráculo de su verbo, el día en que una gran unidad ó en que una gran dispersión llame á la lucha á los pueblos, en medio de la general confusión, nos podremos oír y nos podremos entender los miembros diseminados de la gran familia española; que para algo, sin duda, sembró y como esparció la mano providente de Dios todo lo largo de la tierra.

Saludemos, pues, en esta Academia el palacio de honor de los representantes de los *Estados Unidos de la lengua*, de la *Gran Confederación* de los dialectos americanos y españoles, presididos por el castellano; de la *Gran Familia*, en fin, á que todos pertenecemos, y descubrámonos con respeto ante ese modesto y calumniado *Diccionario*, en cuyas tranquilas páginas duermen los secretos resortes de tan formidable poder y los misteriosos destinos de grandes pueblos de la tierra.

Quizás á él, quizás á la obra iniciada por esta Academia, se deba en no pequeña parte la realización definitiva de aquella profecía consoladora que para gloria y en bien de los pueblos

americanos dejó como esculpida en bronce inmortal la musa castellana en aquellos versos de Frías:

«Mas ahora y siempre el argonauta osado
que del mar arrostrare los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antipodas distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.»

Y ahora, Señora, para concluir, permítame V. M. que al reiterarle las gracias en nombre de la Real Academia Española por el honor que nos dispensa, no pueda menos de aplaudir que V. M., como siempre, haya comprendido esta vez que la inauguración de este edificio es algo más que una solemnidad: es todo un *signo de los tiempos*.

Cuando el gran Antonio de Nebrija dedicaba á la Reina Católica Doña Isabel su renombrada Gramática, se extendió en largas y eruditas consideraciones para demostrar *que siempre la lengua fué compañera del Imperio: é de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron é florecieron, é después, junta fué la caída de entrambos*; pero desde entonces acá las cosas se han modificado de suerte, que á pesar de que, como creía Nebrija, «la forma é trabazon del Reino, está ordenada de modo, que muchos siglos, injuria, é tiempos, no le podrán romper ni desatar», después de largas y diversas vicisitudes, tanto del Imperio como de la lengua, se ve más floreciente y en vías de mayor mejoramiento y riqueza ésta que aquél, hasta el punto de que si el gran Quevedo resucitara entre nosotros y entrara por una de esas puertas en este salón, al ver aquí tantos ingenios reunidos que han alcanzado la inmortalidad con unos cuantos sonos fugaces en que han derramado su alma, al escucharles hablar y recitar y leer con acentos dignos del siglo de oro de nuestras letras, y al enterarse poco después de cómo perdimos el cetro de la cristiandad, y la corona en que tuvimos al sol prisionero, cómo se desgarró en cien jirones nuestra púrpura y cómo se des-

menuzó en polvo vil la piedra secular de nuestros más soberbios monumentos, no podría menos de exclamar, parodiando lo que ya dijo, al ver correr mansamente las sagradas ondas del Tíber entre las ruínas de Roma:

«¡Oh, España! en tu grandeza, en tu hermosura,
Huyó lo que era firme, y solamente
Lo fugitivo permanece y dura »

Y es que los acentos de la lengua de Castilla, como las ondas del río, que baña las murallas de la Ciudad Eterna, no son tanto obra directa y libre de la voluntad de los hombres, como efecto providencial y permanente de la voluntad inmutable de Dios, consignada en la naturaleza de las cosas.

Hoy dicen los sabios que se dedican á indagar los rumbos de los pueblos y las corrientes de las generaciones, que estamos en pleno período de transición. De una parte, federalismos separatistas y antinacionales tratan de aprovecharse de las crecientes simpatías que despiertan las legítimas aspiraciones de los regionalismos literarios, para romper el inconsútil manto de la Patria; de otra parte, las antiguas murallas como de China que el odio ó la mala inteligencia más bien había levantado entre pueblos y razas, hijos de una madre común, tanto en el nuevo como en el antiguo continente, se derrumban y se desmoronan arruinadas como al sonido de las trompetas de Jericó, al eco de la voz de nuestros respectivos poetas y al amoroso reclamo de nuestras comunes literaturas.

La Real Academia de la Lengua, presidiendo á todo renacimiento literario, impidiendo aquella confusión y favoreciendo esta armonía, justifica hoy como nunca su título de ESPAÑOLA convocando con su autorizada voz á todas las fuerzas vivas de la lengua patria, alrededor de aquel claro y sonoro idioma castellano que los pueblos escogieron para hablar con los Reyes, y los Reyes prefirieron para hablar con Dios, sin duda por lo que tiene de majestuoso y divino.

Y V. M., asociándose á los trabajos, á la empresa, y, por qué no decirlo, á la gloria de esta Real Academia, colca su

trono sobre el inspirado trípode de la literatura nacional, enlaza y ciñe con su corona sus inmarcesibles laureles, y se ostenta sobre las doradas cumbres del Parnaso español á las miradas de la humanidad y á los aplausos de la historia, como la Regia Musa de sus cantos que lleva de la mano al vástago soberano de estirpe consagrada por Dios: como símbolo delicado y sublime de la unión maternal de la *lengua* con el *Imperio*.